**CELBRACION DE LA PASION Y MUERTE DEL SEÑOR**

**S.A.I. Catedral, 30 de marzo de 2018**

La adoración de la Cruz de Cristo es el acto central de esta celebración de la Pasión y muerte del Señor. El sacerdote nos mostrará la Santa Cruz y nos invitará a adorarla besando el santo madero. Acerquémonos sin miedo a venerar la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo. Permanezcamos de pie junto a la Cruz del Señor como la Virgen María, San Juan y las santas mujeres. Contemplemos el horrible espectáculo de la crisis que provoca en el hombre y en el mundo la derrota y expulsión del Príncipe de este mundo por la fuerza de la muerte de Cristo en la Cruz.

El beso es un signo de amor, de confianza y de entrega. Cuando la Iglesia nos invita en este día a besar la Cruz nos está indicando que acojamos en nuestro corazón la salvación que Cristo nos consiguió derramando sobre el madero inerte de la Cruz su preciosa Sangre. Nos recuerda que, al besar la Cruz, árbol donde empieza la vida, ya participamos de sus frutos porque por el bautismo fuimos injertados a la muerte y resurrección de Cristo. Por lo cual gozamos ya de una nueva vida que será plena en la vida eterna.

Al besar la cruz de Cristo expresamos también nuestro deseo de unir nuestras propias cruces, nuestros dolores y sufrimientos personales a los sufrimientos de la Pasión y muerte del Señor y así completar lo que falta en nosotros a la Pasión del Señor. Cuando te acerques a besar la cruz piensa en el dolor más grande que hoy existe en tu corazón y pídele al Señor que te ayude a asumirlo como él asumió en Getsemaní el cáliz de la Pasión y de la muerte. Al contemplar a Cristo crucificado date cuenta de que no estás a solas con tu dolor y sufrimiento. Cristo está a tu lado para acompañarte y aplacar con su consuelo el dolor; para ayudarte a sacar fruto de tu propio sufrimiento y dolor.

Al besar la Cruz de Cristo trae a tu memoria la situación que están viviendo tantos hombres y mujeres crucificados por las injusticias del pecado. Los enfermos ancianos que sufren las debilidades físicas de la condición de la vida humana; los inmigrantes y refugiados que huyen del hambre, de la guerra y de la falta de libertad; los que están en la cárcel restableciendo con su pena la justicia y curando las heridas que el pecado produjo en sus almas; las mujeres y los niños explotados en el trabajo y en la trata de personas; los afligidos por la muerte o la enfermedad de un ser querido; los que sufren las consecuencias de las rupturas familiares… Y sobre todo los que sufren en silencio la ausencia de Dios en sus vidas que no se atreven a gritar como Jesús en la Cruz: ¡Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado! Pídele al Señor que no te haga indiferente al dolor y al sufrimiento de los hombres sino solidario como él, que no tuvo a menos asumir nuestra condición y pasar por uno de tantos.

Al besar la Cruz da gracias a Dios que en ti se ha cumplido la promesa de atraerte a la fe en Jesús elevado sobre la tierra. Como el buen ladrón pídele con fe que un día te admita en su Reino donde no hay oscuridad, ni muerte, ni lágrimas, ni pena, ni dolor, sino luz, vida, gozo y alegría sin fin.

† Juan Antonio, obispo de Astorga